

SILENCIO HELADO

Un espeso manto de nieve cubría todo hasta donde la vista alcanzaba. El sol brillaba con fuerza sobre mi rostro descubierta. Mientras el intenso reflejo de sus rayos cegaba mis ojos. Había perdido la noción del tiempo que llevaba caminando. Caminando en aquel inmenso desierto helado. Donde las noches te envuelven en un eterno y despiadado invierno. Y donde los fugaces días te fustigaban y quemaban la curtida piel. Un mundo de soledad donde la única compañía es la gélida brisa que susurra y te recuerda que aún vives.

Continúo caminando por una llanura helada que no parece tener fin. Que parece querer hacerme prisionero de sus bellos y a la vez aterradores paisajes. Pero también prisionero de mí mismo. De mi mente. Que se debate entre la locura y la cordura. El intenso océano blanco en el que me encuentro me sumerge en un vacío absoluto. Un vacío que lo es todo, y produce un sentimiento de soledad aún mayor.

Todavía el sol brilla con fuerza. Y he de aprovechar el escaso lapso de día. Para hacer más amenas las horas charlo con el aire. Sí, es como si me hablara al oído y yo le contestara. Puede que solo sea mi imaginación. Pero cualquier cosa para evadirme de la realidad es agradable.

De pronto la brisa cesa. Oigo el sutil crujido de la nieve a cada pausado paso que doy. Y el sonido de mis sofocados exhalaciones, que producen un débil zoplo de vaho que se desvanece al instante. Y de pronto, silencio. Una tensa calma que me desorienta. Que me hace perder el sentido de la razón por unos minutos. Todo es silencio, y la mente cae en un vacío inexplicable.

La brisa regresa. Y un leve murmullo me hace despertar y continuar andando. Hacia ningún lado. Hacia el horizonte. Tras varios horas la sed es insoportable. Me cuesta pensar. Recuerdo que aún conservo un sorbo de agua. Mi estado me impide pensar con claridad. Al sacar la mano, pierdo

el tacto y la cantimplora se resbala sobre esta hasta derramar el agua por la nieve. La rabia se apodera de mí. Y lanzo un grito mudo y afónico que apenas llega a oír. Seguidamente recuerdo que no debo de malgastar energías... Cada vez mis pensamientos son menos claros. Ni siquiera recuerdo cuando llegué aquí.

La brisa me golpea con más fuerza y mis cansados ojos distinguen el llegar de la noche. Debo continuar. Al contrario, mis piernas me lo impiden. Trato de avanzar unos metros pero mis rodillas ceden y cargo derrumbado sobre la nieve. La noche trae consigo una nueva brisa que poco a poco se transforma en un feroz viento que me golpea y me impide levantarme. No debo quedarme quieto. El frío me paraliza por completo. Poco a poco la angustia se transforma en calma. Y en medio de la intensa ventisca mis ojos

se dejan cerrar. Mi mente se queda en blanco
y dejo de sentir la fría nieve entre mi cuerpo
y los golpes de aire. La tormenta se desvanece
al instante. Y lo unico que percibo, son
los susurros de la brisa que me acarician y
tranquilizan. Y luego silencio... Un silencio
helado.